

MEMORIAS DE CARTAGENA DE INDIAS
Amparo Morales
Academia Puertorriqueña de la Lengua Española

De Medellín bajamos a Cartagena de Indias el 23 de marzo, el IV Congreso Internacional de Lengua Española comenzaba dos días después en la Ciudad Amurallada. El acto de inauguración no podía ser más solemne, estaba presidido por los Reyes de España, don Juan Carlos y doña Sofía, acompañados por el presidente de Colombia y esposa. Junto a ellos, personalidades políticas y culturales, entre las que se destacaba Gabriel García Márquez todo vestido de blanco. Los intelectuales que abrieron el congreso, César Antonio Molina, Tomás Eloy Martínez, Antonio Muñoz Molina, nos hicieron comprobar que el habla es una fuente inagotable de múltiples tesoros, como una vez dijo un sabio. Los acompañaba el ex presidente de Colombia, Belisario Betancur, que nos recordó la aventura de la colonización en la tierra deseada. De él son estas palabras: «Y es en fin la América que habla español, en la cual la heroica Cartagena de Indias, codiciada por los piratas y cantada por los poetas, abre los brazos y el corazón de par en par, en agasajo de los sabios de la lengua convocados en el IV Congreso Internacional».

Los que asistimos primero al XIII Congreso de la Asociación de Academias, ya habíamos quedado impresionados por el espíritu de superación que mostraban los paisas, colombianos de Antioquia; ahora comprobábamos la alegría y cordialidad de los cartageneros del «corralito de piedra». Así llaman a Cartagena, bella ciudad, patrimonio de la humanidad por su centro histórico colonial, sus murallas y sus baluartes. Muchas ciudades en el continente han sucumbido al progreso, pero algunas han logrado escapar de la acción del hombre. Cartagena de Indias es una de esas afortunadas sobrevivientes. A los que veníamos de Puerto Rico el centro histórico de la ciudad nos recordaba al Viejo San Juan.

Estábamos alojados en el Santa Clara, hotel que mantiene todo el encanto colonial. Son inolvidables los desayunos en el hermoso patio de grandes sillones de mimbre, a la belleza del patio se unía un tranquilo tucán que de vez en cuando nos acompañaba, erguido en el respaldo de uno de los hermosos sillones. Todo eran novedades. Al registrarnos, ya nos habían sorprendido con la pregunta: «¿Me regala una firma?». Desde luego había que regalarla, se trataba de los trámites normales de llegada. Los regalos siguieron en otras muchas ocasiones. Otras voces nos llamaron también la atención, más que las voces la actitud de los camareros que se sentían parte del gran congreso de la lengua y colaboraban con los visitantes aportando sus conocimientos léxicos. «Cachaco», nos decían, es el nombre que les damos a los bogotanos, «champeta» es un tipo de baile popular y «champetudo», que antes nombraba al pobre de poca educación, ahora representa a la cultura autóctona...

¡En fin, se trataba de un gran acontecimiento: el español, con todas sus particularidades, frente al mundo!